

LA PRUEBA DE DOS HIJOS

Objetivo: Ver que en la viña de Cristo las palabras y las promesas jamás pueden ser substituidas por los hechos y los servicios.

LA PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS



“Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle” (Mateo 21:28-32).

Esta parábola, en forma extraordinaria, revela a Jesús como el Maestro de maestros. Estando rodeado de un grupo de judíos que buscaban su destrucción, les contó la siguiente parábola, y luego les pidió su opinión. La contestación que dieron fue totalmente acertada. Pero no se habían dado cuenta cabal del significado de la narración. No fue sino cuando terminaron de darla cuando notaron que su respuesta los acusaba a ellos mismos y determinaba su castigo.

El cuento trata de un padre que tenía una viña. Fue a sus hijos y les pidió que trabajaran para él. El primer hijo rehusó bruscamente, pero luego cambió y fue. El segundo hijo aceptó inmediatamente trabajar; pero nunca cumplió con su promesa. “De los dos hijos,” pregunta Jesús, “¿cuál hizo la voluntad de su padre?” Fue una pregunta aguda que demandaba respuesta.

El significado de la parábola es nítido. El primer hijo que dijo que no iría a trabajar, pero que luego fue, simboliza los publicanos y los pecadores. Toda la vida ellos habían estado diciendo “No,” a Dios por sus malas obras; pero al venir Jesús abandonaron sus pecados con el fin de entrar en el reino. El segundo hijo simboliza los líderes de los judíos, los fariseos y saduceos, quienes siempre pretendían servir a Dios, pero al venir Jesús despreciaron sus enseñanzas y al final le crucificaron. Ya habían rechazado a Juan, y rehusaron a Jesús. Los publicanos y los pecadores habían cambiado sus vidas, pero la aristocracia judía no había hecho enmiendas y había hecho a un lado el reino celestial.

La parábola es rica en su contenido y sugiere un número de lecciones prácticas más allá de su aplicación original. Estas lecciones se pueden agrupar alrededor de tres ideas: el llamamiento, la obra, y los obreros.

EL LLAMAMIENTO

Una de las primeras cosas que nos impresiona en esta parábola es la manera directa en la que el padre se acerca a sus hijos. Siente tener el derecho de pedirles ir a su viña. Los trata a los dos íntimamente y dice: “Hijo, ve al trabajo!” De esta forma Dios como Padre llama suavemente a todos los hombres. Es Dios que está siempre buscando obreros; es Dios que toma la iniciativa de traer a los inactivos e indiferentes a su viña. Jesús habla de este impulso divino. Dice, señalándose a sí mismo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44). Dios atrae a los hombres a Cristo. ¿Cómo realiza esto? No es por un sueño raro ni una visión fantástica que Dios llega a los hombres. ¿Cuál es su poder atractivo? Jesús continúa y explica: “Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí” (verso 45). Así que Dios atrae a los hombres por la enseñanza. El apóstol Pablo dijo que los hombres son llamados por medio del evangelio (2ª Tesalonicenses 2:14). Los hombres se acercan a la fuente de la gracia cuando aprenden y reciben y se someten al evangelio de Cristo.

Es significativo que el padre que tenía sólo dos hijos pidió que los dos trabajaran. El llamamiento de Dios se dirige a todos sus hijos. Es tan mundial como la carne humana. Es tan elemental como las necesidades humanas. Habla a los desanimados y caldos y dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Convoca a los discípulos a evangelizar a las naciones. No hay que omitir ni una alma. La llamada es universal, y es individual. Dios habla a usted y a mí. Nos llama a uno por uno. Quiere que todos sus hijos entren en su viña, y el que no entra, es porque se niega terminantemente a reconocer su autoridad.

LA OBRA

¿Qué es lo que quiso el padre que hicieran sus hijos? Les pidió que trabajaran en su viña. El llamamiento de Dios, entonces, es un llamamiento a que trabajen los hombres. No es un llamamiento a descansar y a recostarse. Tennyson, en su poema “Los comedores de lotos”, describe una historia de la Odisea cuando Ulises visitó la tierra encantada del “eterno atardecer”. Los marineros que llegaban comían una especie rara de loto. Después de probar su dulce fruto, todo lo que querían hacer era vivir soñando y dormitando con los ojos entre-cerrados. Dice así:

De seguro es más dulce el ensueño que el trabajo,

Más dulce la orilla que las bregas de alta mar,
Remando, luchando con las olas y los vientos.
Descansad, hermanos marineros; no viajemos más.

Perdieron todo deseo de volver a su tierra natal y estaban completamente contentos de pasar el tiempo recostados en las colinas con sus sueños. Mucha gente hoy, en la viña de Cristo, son devoradores de la planta de loto, pues se satisfacen calentándose bajo la luz de la indolencia. No se enteran de lo que demanda ser cristiano. Han entrado en la iglesia del Señor como corre la gente a un refugio para escaparse de una tormenta; y una vez adentro, se quedan parados viendo la lluvia. Es verdad, por supuesto, que hay cierta medida de seguridad y protección en la iglesia, y que entre el pueblo de Dios uno puede encontrar mucha fuerza para su alma; pero la iglesia, como una viña, es un lugar de trabajo, y todos los que están en la viña deben estar ocupados en su programa de obras. Decimos que somos cristianos, pero a menudo no pasamos ni 15 minutos de la semana trabajando en la obra.

Decimos que somos cristianos, sin embargo muchas veces somos demasiado perezosos para visitar a alguien que está caído en el asimiento del pecado. No debemos olvidar que la viña del Señor es un lugar donde hay trabajo que hacer.

Pero la llamada del padre a sus hijos también era urgente. “Ve hoy a trabajar en mi viña.” El trabajo tenía que ser hecho, y era necesario hacerlo ese mismo día. Así la llamada de Cristo es para los hombres que trabajarán para él en el día de hoy. Es decir, después de todo, el único tiempo que hay. El ayer se ha ido para siempre, y no nos atrevemos a jactarnos del mañana (Proverbios 27:1). El “hoy” es todo lo que tenemos. Es nuestra única oportunidad de servir. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2ª Corintios 6:2). Si uno se refrena y demora el trabajo de hoy, lo probable es que ese trabajo jamás se hará; y en efecto somos como el hijo que contestó bruscamente a su padre: “No iré.”

LOS OBREROS

Es interesante ver cómo los hijos responden al mandamiento de su padre. Un hijo es culto y respetuoso. Al pedirle que trabaje da la respuesta inmediata: “Si, señor, voy.” Aunque su hermano tal vez rechace a su padre, él no. Iría. ¡Cuán cortés parece! ¡Y cuán seguro de que tendrá éxito! ¿Por qué, entonces, faltó a su padre? ¿Por qué al atardecer todavía no se había acercado a la viña? No fue que intencionalmente engañó a su padre. No había hecho ningún complot de intriga por el cual pensaba dejar en bancarrota a su padre. No le mintió a propósito. Propuso obedecerle. En la presencia de su padre de veras intentó ir a la viña, pero en su ausencia

encontró que el hacer del trabajo era más difícil que el decir de las palabras.

Este hijo simboliza, entonces, las grandes huestes de los supuestos seguidores de Cristo que profesan mucho y practican poco. Mucha gente, como el hijo, se empeña en dar su servicio leal al Maestro y después no cumple su promesa. Desde los tiempos más antiguos la iglesia ha sido aquejada por este problema. En el primer siglo existió un grupo de falsos cristianos llamado gnóstico. Hizo grandes profesiones. Se jactaba de su compañerismo con Dios, de su andar en la luz, de su vivir más allá del pecado. Estas son palabras elogiosas, mas muchos de sus miembros vivían en la profundidad del pecado; ningún apetito físico ni deseo inmoral les era prohibido. Para contrarrestar tal perversidad, Juan escribe que “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” y que “el que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1ª Juan 1:5; 2:4). Los gnósticos también hablaban de conocer a Dios y de amar a Dios, mas en sus corazones tenían desprecio para sus hermanos en Cristo. Esto, dice Juan, no debían tener. Tenían que amar a sus hermanos (1ª Juan 4:7-21; 3:11-18), y su amor tenía que ser genuino. Juan exhortó: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1ª Juan 3:18). Vemos así que en la iglesia antigua existían los que exaltaban el amor mas no lo ejercían.

El profesar sin el practicar, el ofrecer sin el obrar, siguen siendo los mayores enemigos de la causa de Cristo. Mohandas K. Gandhi, que nació hindú, pasó mucho de su vida en el estudio de las religiones comparativas. En el cristianismo encontró muchas enseñanzas que le atraían y muchos de los que llegaron a ser sus amigos eran cristianos. De estas personas habló afectuosamente. Pero en su Autobiografía cuenta de muchas visitas frustrantes que hizo a una iglesia en Pretoria, Sudáfrica. Allí encontró que la gente se interesaba muy poco en el cristiano que profesaba. De ellos Gandhi escribió: “La iglesia no me produjo una impresión favorable. Los sermones eran sin inspiración. La congregación no me pareció ser especialmente religiosa. No era una asamblea de almas devotas; más bien parecían ser gente del mundo, que iba a la iglesia para recreación y conforme a la costumbre. Aquí, a veces, dormitaba involuntariamente. Me avergonzaba, pero algunos de mis vecinos, que no estaban en una mejor situación, aliviaban eso. No pude seguir así y pronto dejé de asistir al culto.” Es un pasaje triste en una autobiografía sumamente interesante. Un hombre que llegó a ser uno de los más grandes líderes del mundo fue estorbado en su búsqueda de la verdad al observar las vidas indeseables de quienes pretendían ser cristianos.

El otro hijo rechazó a su padre, y dijo ásperamente: “No quiero.” No ofreció ni excusa ni razón. No iría. Mucha gente es igual a este hijo. Cuando el Padre les pide entrar en su viña, rehúsan bruscamente. Dicen

que no tienen nada que ver con ninguna iglesia. No ocultan sus pecados. En realidad, hablan de sus pecados libremente, como si una confesión franca de su inmoralidad les pudiera substituir su obediencia. Pero en el Último Día ¿qué consolación habrá para el hombre perdido que abiertamente viajó por el ancho camino de la destrucción? Un hombre no es menos pecador porque admita que no es santo.

El hijo, sin embargo, hizo un cambio para lo mejor. Se acordó de su mal humor y de la descortesía abierta contra su padre. Había comenzado el día de una manera detestable. Pero sólo por comenzar mal, no veía por qué continuar mal. Entonces se arrepintió. ¿En qué consistió su arrepentimiento? Fue más que algo de tristeza por habersele negado a su padre. Podría haber estado muy triste sin arrepentirse. ¿Cuándo se arrepintió? Sólo cuando cambió su manera de actuar, cuando tomó el otro camino, ¡cuando fue a trabajar a la viña de su padre!

¿CUAL DE LOS DOS?

Jesús preguntó cuál de los dos hijos hizo la voluntad de su padre. Hay un mundo de énfasis en la palabra hizo. De todas las cosas que se podría decir de ellos, la única cosa importante, según Jesús, es si los hijos hicieron la voluntad de su padre. Todo lo demás no tiene importancia. Sin hacer caso de las buenas intenciones, sin hacer caso a cuántas promesas. El hecho simple es que un hijo hizo lo mandado y el otro no. Las palabras, por amables que sean, no remplazan a los hechos.

NOTA

- 1- M.K. Gandhi, Gandhi's Autobiography. Escrita primero en Gujarati bajo el título The Story of My Experiments with Truth; traducido por Mahatev Desai (Washington, D.C.: Public Affairs Press, 1948), p. 198-99.

PREGUNTAS

1. ¿Cuál era la aplicación original de esta parábola? ¿A quiénes representaban los dos hijos?
2. Esta parábola enseña que Dios llama a los hombres a entrar en su viña. Discutir la naturaleza de este llamamiento y su significado.
3. ¿Qué fueron llamados a hacer los dos hijos? ¿Cuándo había que comenzar? ¿Qué lecciones sacamos?
4. ¿Qué clase de personas hoy en día son parecidas a los dos hijos? ¿Qué enseña esta parábola del arrepentimiento?
5. ¿Qué distintas clases de obras hay en la "viña" de Dios? ¿Llevar una carga con paciencia es una "obra"?